

RETAZOS

Enrique Garcés

La música del pueblo es su lamento de dolor. Lloro la angustia que le invade. Se humedece de nostalgia en la remembranza de mejores días. Lenguaje multicorde del sentimiento. Escancia sus aflicciones en la voz cantarina que se expande. Se adentra muy hondo en el espíritu. Sus efluvios dejan la satisfacción de una tristeza y el pesar de una felicidad esquiva.

Notas piadosas, dulces. Recogidas a la orilla de las lagunas en el minuto diáfano de la aurora. En el verdor de la pradería, que a la tarde, eleva sus salmos a la altura, cuando las copas de los eucaliptos se dicen recónditos secretos...

Música pueblerina de mi tierra. Alondra solitaria que vas diciendo endechas en el refugio de todos los aleros. Llevas en tus alas tibias una sinfonía de lágrimas.

Atardecer de oro en el verano. Las mieses rasgan sus vestiduras para ofrecerse. Los campos muestran la laceria del rastrojo. En los riscos de la cordillera las nubes desgarran sus mantos albos. En los collados que se alzan para beber los últimos rayos de sol, se oye la melodía indiana de las flautas y rondadores. Los juncos se quejan tiernamente cuando les besa la boca del indio. El vigor de la raza llora su dolor de vencido. Es el eco sonoro de victoria en los campos sangrientos, que se ha entristecido para lamentar la derrota... La sonata puebla de melancolía la quietud de las colinas. Y el padre sol esconde su faz brillante con un pedazo de monte para ocultar su congoja...

En la casita humilde ha muerto un miembro de la familia. La música doliente está llorando junto a los ojos oscuros que han vertido el raudal. Un violín envejecido irá gimiendo su canción en la senda del cortejo. La voz temblorosa de las cuerdas dice el adiós sentido. Y al regresar dejando el tributo a la madre tierra, el mismo instrumento repasará la ruta dolorosa lanzando al aire el alarido cortante que estremece.

Despierta el arpa parlanchina. Abre su garganta de armonías. Las pulsa un cieguecito que ha sido llevado a la fiesta. Se apaga el murmullo de la charla. La voz clara del cantor se mezcla con la del instrumento que estrecha el pecho contra el de su dueño. Una pareja en el centro. El hombre ha desenvainado del bolsillo la policromía de un pañuelo. Lo agita en el aire. Comienza el jaleo. La hembra levanta con su mano llena de joyas la comba del centro cardenillo. Los pies jubilosos machacan el suelo en el zarandeo ágil y cadencioso. En tanto el cantor sigue rumiando las coplas confundidas en la alegre bullanguería de una "alza que te han visto".

Dices que no me quieres
porque soy de sangre baja,
si quieres querer a reyes
cuatro tiene la baraja.

El pobre no vale nada
aunque tenga entendimiento,
sólo el que tiene dinero
se lleva el merecimiento.

Ha cesado la música. Un hombre que ha puesto el ala del poncho sobre el hombro, vacía en la copa el cristalino jugo de la caña. El licor va pasando por las gargantas de la hilera abigarrada. Otra vez se toca y se canta. Ahora es el "sanjuán". Himno del pueblo y de la raza. Con sabor de tristezas y alegrías. A su conjuro surge un recuerdo que tortura y el corazón se acurruca como sintiendo frío.

Ay! amores hallarás,
pero como el mío
jamás, jamás...

Un golpeteo monótono en la madera del arpa afirma la cadencia. Hombres y mujeres forman círculo asidos de las manos. Gira la rueda a uno y otro lado bajo la orden del apresado en el centro. A una señal, se calla la música. El conjunto se desbarata. A buscar compañía. Al que no encontró el refugio de unos brazos se le entrega la copa obligatoria en medio de la carcajada que se extiende. Ocupa éste el honor de la jefatura y el baile se sucede con cariño, confianza y licor que constituye su etiqueta.

El alba mete su cabeza curiosa por entre las puertas que se han quedado bostezando. La felicidad de la balumba se ha mustiado. Suena la música triste. Es el reproche de la pena. Agazapada entre el murmullo surge cuando el silencio va creciendo. En tanto el compadre, dueño de casa, hunde todo el brazo en la vacija para apagar su sed con el bermejo sumo de la jora.

Una muchacha alegre. A lo lejos se distingue el tórax de las guitarras al amparo de los abrigos. Se acercan. Han llegado donde debe rendirse el homenaje. La ventana que es un santuario, donde se queda la vida como un cirio votivo. Ante esa ventana

—confesionario de amor— donde se han quedado enredadas todas las promesas. Al pie de la reja que, abierta, nos parece una señal que nos llama, un resquicio por donde se entra, calladamente la ilusión. Y cerrada, que estuviera soñando ansiedades detrás de sus párpados tan juntos... Se registran los instrumentos. Apoyan el pie en la acera. Zambullen los dedos entre las paralelas sonoras y el rasgueo se deja oír. La voz tímida dice la endecha.

Oro, plata, pan y dulce
todo a ti te lo he de dar;
si hasta el corazón te he dado
Princesita ¿quieres más?

La calle se ha quedado en silencio para sentir mejor. Los focos agrandan su pupila y sin un parpadeo están sobrecogidos.

La canción es un clamor de recuerdo. Siente la ansiedad de las bocas que se muerde y escucha el rumor de ascuas que tiene el beso.

Bella, alegre mujercita
de mi corazón amada,
tu boquita colorada
a darte un beso le incita.

Es el dolor de la despedida. Va a decirle que allí se queda el corazón. Que para el ausente desventurado haya siempre la limosna de un cariño.

De esta tierra ya me voy,
a esta tierra ha de volver,
¡Ayayay qué dolor!,
porque tengo que pagar
ingratitude de mujer...

Cada cuerda suspira una queja. Cada estrofa lamenta un dolor.

La serenata se pierde. Y a la distancia se distingue el tórax de las guitarras al amparo de los abrigos.

Lejos del rincón propio. A orillas de la vida. Esperando la bonanza.

Hay ciertas tardes de ausencia que están lloviendo melancolías. El recuerdo proyecta en la pantalla de los párpados la casita blanca de los abuelos. El avergonzado montón de los juguetes viejos y destruidos. Sombras queridas que pasan... Hay un sabor de sangre en la boca. Y los labios se quedan tarareando tristemente.

Imbabura de mi vida
patria donde yo nací...

"Imbabura" Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.

ARTES E INDUSTRIAS POPULARES

Renglones contados. Parquedad en la relación. Lo que sería objeto de un estudio amplio y detallado tiene que esbozarse en las pocas líneas de una página.

El aspecto de la actividad industrial y artística de la ciudad de Otavalo merece un examen minucioso que lleva a hondas consideraciones. Pocos lugares de nuestro país presentan a este respecto síntomas tan halagadores como el de esta población. Motivos poderosos benefician este cariz del progreso. Una casi nivelación de recursos materiales origina en los asociados un despertar de iniciativas que se cristaliza en el aporte valioso de varias actividades de la vida industrial. Pueblo sin cadenas, surge solo. Confiado en sus fuerzas propias. Individuos no maniatados por el compromiso de sumisión al amo, laboran potentes un porvenir seguro. De esto brota también el anhelo de la superación. Se ha

hecho carne de este pueblo la convicción de la suficiencia. No es una vanidad. Los hechos lo demuestran.

Acicateada por el conocimiento de su propio valer, va esta porción humana de Imbabura por vías expeditas hacia la realización de un noble ideal. Otavalo, ante todo y sobre todo, se muestra a la patria como un pueblo laborioso. Y en circunstancias como las actuales en que se reclama a los trabajadores —para evitar el desate funesto de los que viven a expensas del Erario— es mérito inmenso de este pueblo viril que emerge frente a esta única consigna: trabajo, trabajo.

Prescindamos de esos grandes laboratorios del bienestar, las fábricas. (Son algunas las que están ubicadas en este sector: La Joya, San Pedro, Jatunyacu, que producen grandes cantidades de tejidos de algodón, casinetes, pañolones, liencillos, medias, vestidos de punto, hilo, etc., que abastecen al sur de Colombia y a algunas de nuestras provincias interioranas y que dan empleo a centenares de brazos jóvenes. Además, la cervecería IMBABURA, las de aguas gaseosas. La Efervescente, las de licores Excelsior, La Colmena, La Cosmopolita, Venecia, que no dejan de ejercer gran actividad en el comercio de la provincia).

Miremos en un plano más aproximado pero también extenso como el anterior. La industria netamente popular.

Indios y mestizos colaboran en actividad múltiple. Nuestro indio, al que su holgura económica le coloca en situación que envidiarían algunos *blancos*, se ha desenvuelto en un medio de laboriosidad. No es el *guasicama* degradado que aguarda el men-drugo que le arroja el patrón después de haberle dado un puntapié. Es el ente activo que trabaja con plena conciencia del rendimiento que puede obtener de su dedicación a la tarea. Por esta razón hasta ha mejorado en aspecto. Ejemplar bello y aseado que cuida bien de lo propio. Espíritu arisco por tradición. Nada más. No esclavo de la tierra. Es su amo.

Cada parcialidad muestra un aspecto de su labor especial. Pinsaquí, Ilumán, Quinchuquí, Peguche, Pucará, Agato y Carabuela se distinguen por los afamados tejidos de lana que laboran en sus telares (ponchos, cobertores, bufandas, chalinas, casimires, bayetas). Estas prendas tienen gran consumo dentro de la República y en el Departamento de Nariño. Algunos industriales indígenas fueron galardonados con medallas de oro y menciones honoríficas en la exposición del centenario de la batalla de Pichincha y de Ibarra. Las parcialidades de San Rafael y San Miguel, Camuendo, fabrican esteras y aventadores. El material lo tienen de las orillas de San Pablo (la totora). Las de Calpaquí se dedican a la curtiembre. Las suelas son magníficas y muy estimadas en la capital como material de duración. Imbabuela, Punyaro y Santiaguillo trabajan en el tejido de zuro. Canastas, petacas, "ternos" (algunos pares de canastos que disminuyen gradualmente de tamaño y coloreados en la forma más atractiva). Los indios de las parcialidades de San Juan y Asama tejen las *macanas* y los ponchos de algodón y las fajas en las cuales hay que admirar caprichosos dibujos decorativos.

El mestizo, más preparado que el indio. No sólo fabrica sino que, aun más, realiza obra de arte. Paciente, esmerado, no piensa tanto en la utilidad que obtendría de su obra mercada, sino en la calidad de ésta. Es lo esencial. (Resume estética y habilidad). El artesano otavaleño, como pocos, ha probado su competencia y dominio en ciertas artes manuales como la carpintería por ejemplo. Es fama que ha traspasado las lindes todas del país, la destreza de nuestro carpintero. Si se conservara los artefactos que merecieron premios en varios concursos de arte y en exposiciones nacionales, se tendría para un museo. Se presentó un piano, construido con materiales del lugar. El ingenio va más allá: culmina en la presentación de dos máquinas, una de coser y otra fotográfica, en las que apenas figuraba el hierro.

La especialización en el tallado ha adquirido caracteres propios. Muestra de lo que queda dicho son el altar mayor del Jordán y las puertas principales de dicho templo y la de San Luis. La admiración creciente de cuantos han visitado este lugar se ha

patentizado en elogios a la habilidad de nuestro artesano. Se ha implantado la industria de la construcción de muebles de mimbre que rivalizan y superan a los extranjeros. Para el asiento de esterilla se ha obtenido el material de una vena que es inagotable en la región de Intag.

La ebanistería, propia del clásico barrio de "San Blas" y de la parroquia "Espejo" ha producido soberbios instrumentos. La sombrerería ha alcanzado mucho desarrollo. Se ha llegado a imitar hábilmente el sombrero extranjero. En Otavalo "La Industrial" y en Ilumán se impusieron, no ha muchos años, con esta prenda, en varias secciones del país. Más aún, gran parte del ejército usó el afamado "casco" otavaleño. San Pablo, la parroquia más importante del Cantón, produce una apreciable cantidad de sombreros de paja toquilla.

La fabricación de peines, hebillas, botones, zarcillos, aros, con material que proporciona las astas del ganado, ha llegado en estos tiempos a imponerse en los mercados. La tintorería en Otavalo y Quichinche, la alfarería y la industria de la elaboración del jabón prieto, se incrementan diariamente. Debemos citar también la explotación de la cal y más materiales de construcción.

El inquisidor sagaz, que escruta en la actividad el molde en que se ha vaciado el sentido práctico de los pueblos, puede encontrar en esa a manera de exposición de productos industriales que se verifica semanalmente los días sábados, al aire libre, hileras abigarradas de artículos populares que no necesitan de réclame. El productor, tranquilo, cruzado de brazos, pasea su mirada satisfecha en la seguridad de que ofrece al consumo manufacturas de buena calidad y a bajos precios.

El arte popular merece una línea más. La escultura y la pintura, cuyo sesgo se ha dirigido al motivo religioso, no ha alcanzado mayor importancia.

Nos referiremos a la música. El *San Juan* sobrepasa todo entusiasmo. Los aires de esta melodía inspiran no se qué oculta

confianza en el porvenir. El pueblo que trabaja, necesita halagar su espíritu con la impregnación sutil de la música. Surge la obligación de crear la tonada que se amolde al alma sensitiva del hombre de pueblo. No faltan los compositores anónimos. La inspiración: el medio agreste con gran fondo de alma indiana. He allí el tema.

"Imbabura", Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.